



6. 15M. Más allá de la lírica

De la indignación intuitiva a la impugnación estratégica

Joseba Fernández, Carlos Sevilla y Miguel Urbán

*“Caminábamos sin buscarnos,
sabiendo que caminábamos para encontrarnos”*
Julio Cortázar, *Rayuela*

Lo que aquí sigue es un artículo a modo de balance explicativo y de apuntes para el futuro del movimiento 15M. Evidentemente, se trata de un análisis limitado, que aborda sólo algunos de los aspectos que deberían tener cabida a la hora de observar el desarrollo de este movimiento. Y también es limitado porque se circunscribe a la experiencia madrileña del mismo. Otras ciudades y territorios requieren de otro tipo de análisis y miradas para ajustarse, aunque sea aproximativamente, a la realidad del movimiento.

A lo largo de estas páginas haremos una descripción de la evolución del movimiento y transitaremos algunos elementos del mismo. En concreto, abordaremos algunos debates centrales del mismo que plantean algunas pistas – de presente y de futuro- para la construcción de un movimiento amplio con capacidad de implantación real y con voluntad de impugnación del régimen.

Las emociones, las pasiones y la razón como motor de la política.

Aseguraba el influyente sociólogo Zygmunt Baumann que el movimiento 15M era *“emocional y le faltaba pensamiento”*¹. Esta rotunda afirmación, alejada por otro lado de la práctica cotidiana del movimiento, se inserta en una lógica explicativa que pretende confinar al movimiento a una suerte de acontecimiento de celebración del rechazo. Lo peligroso de este planteamiento no era, por sí mismo, la reducción política que suponía. Iba más allá: a construir una estéril dicotomía entre la razón y la emoción en la acción colectiva. Diso-

¹Entrevista disponible en:

http://politica.elpais.com/politica/2011/10/17/actualidad/1318808156_278372.html

ciar ambas como si no fueran campos interconectados en la acción política supone el camino más corto para no comprender este nuevo ciclo de movilizaciones. Porque la pregunta, un año después, sigue siendo la misma: ¿por qué esto no pasó antes? ¿Por qué entonces sí? ¿Qué cúmulo de circunstancias permitieron que se conformara (y se renueve) un acontecimiento-movimiento tan potente?

Intuitivamente, si algo puede permitirnos explicar el éxito (de convocatoria, de atención, de agregación, de multiplicación de experiencias) del 15M es la potencialidad derivada de la combinación de las pasiones y de la razón convertida en pensamiento colectivo. El 15M ha demostrado que sin las unas o sin la otra no hay posibilidad real de construcción de subjetividades colectivas antagónicas. Ambas forman el sustrato necesario para poder articular movimientos de masas con carácter impugnatorio.

Y no se trata sólo, como explica Holloway, de que “*al principio esté el grito*”, el No. Se trata de entender que apelar a las emociones primarias (la indignación, la rabia, la esperanza) es el paso necesario para construir cuerpos sociales en movimiento. Apelar a esos espacios comunes y mayoritarios expulsados de la democracia liberal. Conectar con un sentido común aplastado por la irracionalidad del capitalismo financiero. Ahí radica la primera victoria del 15M: comunicar la (cruda) realidad desde parámetros que conectaron con la experiencia particular de la mayoría, del 99%. Y la más básica experiencia en los tiempos de la desconexión social provocada por la precariedad es el miedo. Invocar ese miedo para superarlo colectivamente ha sido la batalla más elemental que ha tenido que brindar el 15M. El miedo a pensar, a hablar, a desobedecer.

Como recuerda Guillermo Zapata/², era necesario un primer momento de celebración de que estamos vivos. La alegría de encontrarnos. Celebrar la posibilidad real de contarnos por miles, por millones. Sin ese momento, siempre necesario, para las pasiones alegres, la política se convierte en apenas un tránsito por la impotencia de la derrota. Ese momento constituyente fueron las plazas como auténticos espacios de re-encuentro. Como posibilidad de recuperar la posibilidad de comunicar (nos).

Pero la acción desafiante ante lo establecido no es siempre una afirmación identitaria del nosotros. De lo contrario, se agotaría en sí misma. Se juega en campos en disputa, en el enfrenamiento con los enemigos, en el terreno minado de un régimen de acumulación para unos y de desposesión para los más. Esa es otra lección que ha aprendido – con su buena dosis de porras y multas– el movimiento estos últimos meses. No hay avances posibles en el repliegue hacia dentro. Solo extendiéndose, articulándose más allá de sí mismo el desafío tiene sentido estratégico. Y es que, atreviéndonos a negar a Baumann, el 15M también se ha atrevido a transitar entre la celebración y la oposición a base de practicar otros posibles. Si en un primer momento se produjo una fie-

² Ver: <http://madrilonia.org/2012/04/las-pasiones-del-12m15m/>

bre por buscar ese programa del movimiento, la realidad vino a imponer respuestas mucho más directas y necesarias: la salida a los barrios, la manifestación contra el pacto del euro, el reforzamiento de las Plataformas de Afectados por las Hipotecas, los grupos de trabajo, la convergencia con las diferentes mareas o la participación en la Huelga General contra la Reforma Laboral. Ahí estaba el tan demandado pensamiento “programático”: el urgente #rescateciudadano.

Y es que si la esencia del movimiento ha sido su capacidad emotiva y expresiva, su desarrollo ha estado determinado por sus repertorios y sus demandas. Así, de las frágiles delimitaciones del año pasado hemos pasado a un movimiento - igualmente conectado todavía a las mayorías sociales- pero con unos objetivos políticos más definidos: lucha contra los recortes, la deuda y los desahucios, principalmente.

El 15M constituye, en este sentido, una lección para cualquier movimiento emancipatorio: no hay salida posible a la desmovilización sin apelar a la emotividad individual y colectiva. Pero tampoco hay salida estratégica al “gobierno de los mercados” sin saber cuáles son las batallas imprescindibles y cómo han de darse.

De hecho, esta combinación de razón y pasión, de pensamiento y emoción explica también la modificación del punto de vista de los de arriba respecto al propio movimiento. Así, la vieja táctica de la búsqueda interesada de la despolitización del movimiento ha resultado, a todas luces, estéril. La deseada neutralidad del movimiento que las élites propugnaron el mayo-junio pasado se torna ahora en la clásica dialéctica de “radicales y enemigos”. O, en su versión *soft*, en una dicotomía demócratas-pacíficos vs radicales-anti-sistema³. Lo que conviene celebrar del 15M es precisamente la repolitización de la sociedad, la recuperación multitudinaria del gusto por hacer política, la afirmación a través de su práctica de las “pasiones constituyentes” (Brown, 2011) frente a las “pasiones tristes”.

Cambio de ciclo político y crisis de la Cultura de la Transición. El cambio de ciclo político producido por la victoria electoral del PP el pasado 20 de noviembre del 2011 ha acelerado el ritmo de implementación de los planes de ajuste estructural (Consenso de Frankfurt), ya iniciados en mayo de 2010 con el gobierno social-liberal del PSOE, siguiendo una “*doctrina del shock*” (Klein, 2007) cuyo principal laboratorio es Grecia. Cada reunión del Consejo de Ministros presidido por Mariano Rajoy, los “viernes de Dolores”, son sinónimo de privatizaciones y de profundos recortes en los servicios y en el gasto público al son de la danza macabra de la prima de riesgo de la deuda española, del Ibex 35 y de los objetivos de déficit. La alarmante crisis social y el ascenso de las protestas que estos recortes están produciendo va acompañada

³/ Ver sondeo de *El País*: <http://blogs.elpais.com/metroscopia/2012/05/15m.html>

“El 15M constituye, en este sentido, una lección para cualquier movimiento emancipatorio: no hay salida posible a la desmovilización sin apelar a la emotividad individual y colectiva”

de una criminalización estatal ascendente de la protesta mediante la represión penal y administrativa (estudiantes valencianos, casos de las detenciones en y tras la huelga general, las multas masivas, la propuesta de reforma del Código Penal) y el señalamiento de la “Brunete mediática” (el TDT *party*) de ciertas caras visibles de los movimientos sociales encaminado a desacreditar a los protagonistas y, sobre todo, las razones de la protesta (casos de Ladislao Martínez en *El Mundo*, o de dirigentes estudiantiles en *La Razón*). Esta represión selectiva va dirigida a cortocircuitar esa “desobediencia constituyente” que ha consti-

tuido la forma principal de la protesta desde el nacimiento del movimiento 15M y que ha “contaminado” a otros sectores (lucha contra los desahucios, contra los peajes, contra los tarifazos en los transportes). En otra parte, decíamos,

Símbolo de la existencia de legitimidades en disputa, la desobediencia ha sido un factor constituyente de estos movimientos. En las ocupaciones del espacio público, en las marchas no autorizadas, en la desobediencia a la Junta Electoral o en las sentadas frente al abuso policial, la desobediencia activa ha germinado como el instrumento más elemental y efectivo para contrarrestar los dispositivos de control represivo de las protestas (Fernández, Sevilla y Urbán, 2012)

Sin embargo, nos encontramos ante algo más que un cambio de ciclo político. La irrupción hace ya un año del movimiento 15M ha amplificado el distanciamiento simbólico-cultural de la gente respecto de las élites que apunta a un cierto divorcio de legitimidades entre el Régimen y el *pueblo*. La crisis del régimen de la Transición se expresa en el creciente cuestionamiento de algunas de sus principales instituciones: una monarquía dañada en su imagen con los escándalos de corrupción que la salpican y el problema de la falta de legitimidad del sucesor a la Corona; las altas instancias del poder judicial percibidas cada vez más como herederas culturales del franquismo; la organización territorial del Estado de las autonomías confrontada con la apertura real de horizontes constituyentes en las naciones históricas (Cataluña, Euskal Herria); el régimen bipartidista *PPSOE* que aunque sale prácticamente indemne de la última cita electoral muestra signos de agotamiento y de imposibilidad de resolver la crisis en curso; en fin, la crisis de la cultura de la Transición que ha creado, al depender del Estado y de los grandes grupos financieros que gobiernan los medios de comunicación, una cultura “*desproblematizadora, despolitizadora, consensual*” que aseguró

durante tres décadas el control de la realidad mediante el monopolio de las palabras, los temas y la memoria (Savater, 2012).

Una de las principales virtudes del movimiento desde su nacimiento ha sido la capacidad mostrada para la impugnación del régimen nacido de la Transición. Si bien es cierto que este empezaba a languidecer ante una paulatina ruptura de los consensos que lo alumbraron, faltaba un motor que canalizara la subjetivización de la ruptura. En este sentido, el 15M nace como el primer gran movimiento de masas que cuestiona los consensos y la cultura de la Transición.

El 15M rompe (o pretende romper, al menos) el “consenso” del régimen apelando al propio consenso de las plazas, de la ocupación del espacio público, de la participación de los hasta ahora “indiferentes”, impugnando con ello los límites de esta democracia pidiendo más democracia: “*Democracia real Ya*” que no es sino una democracia en proceso de construcción y definición. De esta manera, el 15M trata de resolver la escisión entre lo realmente existente y lo que debería ser. Y lo hace de una forma inocente, como el niño en el cuento de Christian Andersen, que gritó: “*el rey está desnudo*”. Y es que se puede afirmar que nunca antes la consigna “*lo llaman democracia y no lo es*” agregó tantas voluntades. Es aquí donde radica la mayor potencia del movimiento que se ha reflejado en una impugnación “intuitiva” del régimen ante la “terapia de choque” de las reformas neoliberales amparadas en la crisis como coartada y la claudicación e impotencia de las mediaciones sociales establecidas. Así, el 15M emergió en defensa de lo que nos es “común”, de los derechos arrebatados. De esta forma, sin un programa establecido *a priori*, ha conseguido vertebrar un “sentido común alternativo” al dominante, de defensa de lo colectivo, que durante este último año ha constituido su verdadero programa: acceso a la vivienda, contra los desahucios, a favor de la economía social y en defensa de los servicios públicos amenazados, agua, educación, sanidad.

El movimiento ha sabido canalizar el malestar individualizado y atomizado en un clima general de indignación, en un torrente colectivo de acción política espasmódica y vehiculada en relación a grandes acontecimientos que han sido lo que le han permitido significarse como sujeto colectivo. Sin embargo, cuando estos acontecimientos se acaban, la potencia se disgrega. A falta de eventos propios y en ausencia de estructuras, el movimiento pierde su capacidad de marcar su propia agenda y es arrastrado a asumir las “ajenas”. Convocatorias, que por otro lado, no hubieran sido las mismas en discurso y audiencia sin el concurso del 15M. Y es que un año después del inicio de las acampadas, el grado de simpatía con el movimiento es similar al de la primavera pasada, especialmente tras las últimas movilizaciones del mayo global que han ayudado a su repunte⁴. De esta forma, el 15M ha conseguido erigir-

⁴/ El 68% de la población, 75% entre los jóvenes. La amplia mayoría quiere que continúe y cree que básicamente tienen razón. Son tres veces más que quienes han asistido a alguna de sus concentraciones y ocho veces más que quienes han participado en alguna de sus asambleas. Disponible en: http://politica.elpais.com/politica/2012/05/19/actualidad/1337451774_232068.html

se como la principal expresión del malestar social ante la crisis y las políticas neoliberales de ajuste y austeridad.

Un año del 15M. Aunque parezca mentira, solo ha pasado un año, pero es ya una evidencia que no fue una tormenta pasajera de primavera. Pero el movimiento ha evolucionado y se ha transformado constantemente desde sus inicios a una velocidad vertiginosa que dejaba cualquier análisis prácticamente obsoleto al poco de ser publicado. Intentar repasar un año de vida sólo nos puede permitir aportar ciertos brochazos al respecto.

Durante este corto periodo de tiempo el movimiento ha conseguido introducir temas fundamentales en la agenda política y mediática (hipotecas y desahucios, el debate sobre la laicidad del Estado, la baja calidad de la democracia actual, la crítica de la monarquía, la construcción de Europa, la estafa de la crisis, la defensa de los servicios públicos, el papel de la “*bankia*”). Ha cambiado también parte del paisaje político y ha dado un cauce para la expresión del malestar social, relegitimando la protesta (Antentas y Vivas, 2012). No es que fueran temas nuevos. Lo novedoso estaba en su debate público en las plazas, en su salida del gueto para iniciados/as, su masificación y la consecución de una cierta legitimidad social.

Con el cambio de ciclo político el 15M se ha encontrado ante la intensificación de los planes de ajuste estructural en los servicios públicos y de privatización del patrimonio empresarial público, el incremento de las tasas de desempleo y una reforma laboral encaminada a restaurar el poder de clase. Todo esto ha permitido ampliar el arco de las alianzas a otros actores sociales y desplazar el campo de gravitación de las “demandas” desde las reivindicaciones democráticas a su profundización en “cuestiones sociales”.

En efecto, los duros ajustes en sanidad y educación, han generado movimientos de resistencia de trabajadores y usuarios afectados (*mareas verde y blanca*), que han contado con la implicación activa de muchas asambleas barriales del 15M. Y es que este movimiento marca ya un estilo, un *modus operandi* que, de alguna manera, ha venido para quedarse. Los nuevos lenguajes, las metodologías asamblearias utilizadas, el tipo de comunicación empleado no son descubrimientos propios de este movimiento. Pero es a través del mismo que han conseguido saltar desde el campo de las minorías activistas y *movimentistas* a un público más general. Por esto, precisamente, el “estilo” 15M marca una impronta para la organización y desarrollo de cualquier espacio de resistencia.

(Re) descubriendo el barrio. Una de las principales “victorias” del 15M ha sido “rescatar” el barrio como lugar de agregación colectiva, de anclaje social en lo territorial y en las realidades cotidianas de la gente. La extensión del movimiento hacia lo local, más allá del acontecimiento espectacular y simbó-

lico de las acampadas, ha permitido expandir “*la esfera de la política más allá de las instituciones ofreciendo la oportunidad a cualquier persona de pasar de la desafección pasiva a la expresión activa de su indignación en la plaza más cercana*” (Pastor, 2012). Las asambleas de barrio han permitido el encuentro entre esa nueva generación que ha empezado a hacer política en las plazas y las “generaciones vencidas”.

Esta territorialización ha permitido declinar en términos locales, así como aumentar el impacto y seguimiento de las campañas más generales. En efecto, la campaña contra la privatización del Canal de Isabel II impulsada, en un primer momento, por la Plataforma contra la privatización del Canal de Isabel II no hubiera sido la misma sin el papel impulsor que muchas asambleas barriales han jugado en la construcción de la movilización y el referéndum del 4 de Marzo. Lo mismo podríamos decir de la construcción de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) y del movimiento generado para la paralización de los desahucios. La territorialización ha permitido también el desarrollo incipiente de una “*economía moral de la multitud*” (Thompson, 1984) a través de la proliferación de cooperativas de trabajo asociado, bancos de tiempo y trueque de servicios, huertos urbanos y comisiones de economía ligadas a las asambleas de barrio que buscan “*bajar la economía a las plazas*” (Medialdea, 2012) para devolverle su sentido y que pierda su pretendida autonomía. Es decir, para que vuelva a ser una economía política al servicio de la gente.

En la vertiente comunicativa los avances, en tanto que movimiento, son también notables. En un primer momento, las comisiones de comunicación de las plazas ocupadas asumieron una representación de las acampadas con los medios no exenta de conflictividad por las disputas generadas en torno a las portavocías. Esta representación vino acompañada de un intenso trabajo en el ámbito de las redes sociales digitales que contribuyó a acelerar la dinámica de la movilización al construir un “*campo magnético*” que crea un sentido colectivo de lo que está pasando (Zapata, 2012).

En cierta medida, gracias al uso extensivo e intensivo de las redes sociales, los participantes en las acampadas llevaron a la práctica ese lema popularizado en los tiempos de la “antiglobalización” por Indymedia, de *Don't hate the media, become the media*. Sin embargo, lo que es válido y ha funcionado, desde el punto de vista de las redes sociales, en esa temporalidad plena creada por el acontecimiento “acampada Sol”, no lo es tanto en el tiempo paciente de la construcción descentralizada posterior de las asambleas barriales. En efecto, las redes sociales tienen una temporalidad propia que es la del medio digital en tanto que nuestro cuerpo físico es analógico. La discordancia de tiempos entre el tiempo analógico y el tiempo digital es fuente de (tecno)estrés. Esta es la razón profunda del surgimiento en los últimos meses de herramientas comunicativas “tradicionales” (periódico del 15M, la iniciativa

toma-la-tele, Agora Sol Radio) que tratan de ampliar el público objetivo y enraizar la “política comunicativa”.

Cierto es también que el movimiento se encuentra con grandes problemas para estructurarse democráticamente. La parálisis que sufre la Asamblea Popular de Madrid (APM), pensada en sus inicios como una coordinadora de las asambleas populares barriales nacidas a partir de la descentralización del movimiento, así lo atestigua. En los últimos meses están proliferando otros espacios de coordinación (asambleas populares del Sur, Interbarrios) que tratan de lograr una coordinación democrática y eficaz. En cierta medida, la dificultad para coordinarse viene de un cierto “fetichismo democrático” que reduce la democracia a un mero procedimiento consensual. La manera principista con la que se ha abordado los procedimientos en la toma de decisión en el interno del movimiento, en gran medida por su contraposición con la democracia formal a la que se intenta subvertir, ha generado que *“se confunda la democracia con el consenso y, por tanto, con el procedimiento. Al final, el procedimiento consensual se divorcia de su contenido, o dicho de otra manera, se convierte en su contenido”* (Arruzza, 2012).

¿Y ahora que? El mayo global y las celebraciones del aniversario de nuestro primer año de vida ya han pasado. Hemos demostrado y nos hemos reafirmado en que seguimos existiendo. Se mantiene un amplio poder de convocatoria y las simpatías hacia el movimiento no han disminuido. Pero, ¿y ahora qué?

El movimiento tiene el reto de pasar de la reafirmación y la celebración de su existencia a la ofensiva y la conquista de demandas sustanciales, o al menos procedimentales, que le permita demostrar su utilidad más allá de la expresión de un “clima” de indignación. Unas conquistas que pasan ineludiblemente por plantear un pulso en el que doble la mano al gobierno y a la dictadura de los mercados elevando el nivel de conflicto y reforzando sus alianzas y estructuras.

El mundo del trabajo sigue siendo, en este sentido, una asignatura pendiente. Aunar distintas fracciones de la fuerza de trabajo con composiciones técnicas, códigos, tradiciones y prácticas diferentes y ensayar, a través de la ocupación compartida del espacio público, una composición política común es un reto ineludible para el próximo periodo que excede el ensayo de una “economía moral de la multitud”. En este terreno habrá que repensar los mecanismos de acción colectiva desde lo territorial a lo laboral, reformulando la protesta conocida -en la que nos sentimos cómodos-, para arriesgar y adentrarnos en el mundo del trabajo y la precariedad. Apuestas como “Toma la huelga” y la “Oficina Precaria” son interesantes laboratorios sobre los que habrá que seguir trabajando, pero si no se consigue ampliar nuestras alianzas con el mundo sindical (aunque sean tácticas) dichas apuestas serán insuficientes para afrontar los retos que nos esperan.

Asímismo el movimiento debe de ser capaz de generar “institución”, de articular estructuras autónomas y democráticas de coordinación y toma de decisión. Quizás sea esta una de las principales tareas pendientes: construir estructuras que superen (pero no suplanten) el nivel de coordinación de las asambleas de barrio. Estructuras de carácter estable, legítimas y legitimadas, útiles tanto para los núcleos de activistas como para aquellas personas que ahora mismo limitan su participación a acudir a las manifestaciones. Estructuras en donde el movimiento se referencie y acumule fuerzas para poder pasar, en definitiva, de la impugnación intuitiva a una impugnación estratégica con vocación constituyente.

Joseba Fernández, Carlos Sevilla y Miguel Urbán son editores del libro *Ocupemos el mundo*, publicado por Icaria.

Bibliografía citada:

- Antentas, J.M. y Vivas, E. (2012) *Planeta indignado. Ocupando el futuro*. Madrid: Sequitur.
- Arruzza, C. (2012) “Occupy America”. En J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán (eds.) *¡Ocupemos el mundo!* Barcelona: Icaria, pp. 105-119.
- Brown, J. (2011) “Indignación y dignidad”. *Rebelión*, 16/05/2011.
- Fernández, J., Sevilla, C. y Urbán, M. (2012) “El topo quería tomar (el) Sol”. En J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán (eds.), *¡Ocupemos el mundo!* Barcelona: Icaria, pp. 13-26.
- Klein, N. (2007) *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Planeta.
- Medialdea, B. (2012) “La economía baja a las plazas”. *Público*, 2/05/2012.
- Pastor, J. (2012) “El 15-M “toma los barrios”. *Público*, 7/05/2012.
- Pastor, J. (2012) “El Movimiento 15-M. Un nuevo actor sociopolítico frente a la “dictadura de los mercados”. *VIENTO SUR*, 15/03/2012. Disponible en <http://www.vientosur.info/documentos/Art.%20Soc.pdf>
- Savater, A. (2012) “Emborronar la CT (del “No a la guerra” al 15-M)”. En *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*. Barcelona: Debolsillo, pp.37-52.
- Thompson, E. P. (1984) *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Madrid: Crítica, pp.62-134.
- Zapata, G. (2012) “Los nuevos panfletos, las nuevas plazas. Redes sociales y movimiento 15-M”. En J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán (eds.) *¡Ocupemos el mundo!* Barcelona: Icaria, pp. 85-92.